Hermano, y se ven ejercitadas aquellas virtudes en que consiste la verdadera santidad que á los más humildes suele Nuestro Señor comunicar, y parece comunicó á este su siervo, que pasó de esta presente vida á la eterna, á 7 de Abril del año de 1636, en nuestro Colegio de la ciudad de Zacatecas, donde está enterrado.»

CAPITULO XXVI.

Vida y muy señaladas virtudes del fervoroso Hermano Toribio Gómez, Coadjutor temporal de la Compañía de Jesús.

Nació el Hermano Toribio Gómez en el pueblo de Bendejo, montañas de Liébana, de padres muy calificados y ricos, en quienes como en cabeza estaba vinculada la sucesión del mayorazgo de la noble y solariega casa de los Torices, y por el tanto muy estimados, pero principalmente por sus cristianas costumbres, con las cuales criaron á dos hijos que Nuestro Señor les dió; el mayor y sucesor del mayorazgo, llamado como su padre, Juan Gómez de Torices, y el menor, nuestro Hermano Toribio Gómez. Después de muerto su padre, el hermano mayor, heredero del mayorazgo, y á cuyo cargo quedaron las gruesas haciendas que había dejado, envió á la ciudad de Burgos á su hermano Toribio Gómez para que pusiese en cobro gran parte de su hacienda, donde, ó ya por las dificultades que halló, ó lo que más cierto es, tocado de la poderosa mano del Señor que le llamaba, se determinó con resolución heroica dejar el mundo y las muchas esperanzas de valer en él, por seguir á Cristo crucificado.

Andaba á la sazón en misiones el infatigable obrero de la viña del Señor, el P. Nájera, de la Provincia de Castilla la Vieja, á quien Toribio Gómez comunicó sus deseos, y con cuyos sermones y trato se determinó últimamente caminar y seguir la senda derecha de la virtud, entrando en la Compañía de Jesús, para el estado humilde de Hermano Coadjutor, por ser más conforme á la humildad, mortificación y devoción que él tanto deseaba. Admitióle el Padre en su compañía, para probarle y examinar su vocación, temiendo no fuese veleidad de mozo la que tenía; y á esta causa le ejercitó en todo género de mortificación; pero el virtuoso mancebo acreditó su vocación con el rendimiento, humildad, silencio y obediencia, como si fuera esclavo ó criado, con que sirvió, asistió y obedeció al Padre; el cual, satisfecho de ser llamamiento de Nuestro Señor, le remitió á Villagracia para que le recibiesen, con carta para el Superior, en la cual, entre otras razones, le dice ésta: «Bien puede vuestra reverencia recibirle luego, porque le he mortificado tan á mi satisfacción, que sé yo será mucho menos lo que le mortificarán allá.» Con todo, porque más luciera la fuerza de la gracia de la vocación de un mozo de tantas esperanzas, noble, rico y solo, le tuvieron en dicho Colegio como tres meses en el mismo traje de seglar, sirviendo al cocinero y acudiendo á todos los oficios

humildes de la Religión, cuyo silencio y devoción, ya como un fervoroso novicio de la Compañía, edificó tanto á los del Colegio, que le recibieron luego. Viéndose ya el devoto mancebo en el seguro puerto de la Religión que tanto había deseado, comenzó con nuevos fervores á darse tanto á la mortificación interior y exterior, especialmente de la viveza de su natural, que atribuyeron muchos sus vencimientos á insensibilidad y la abnegación en las cosas exteriores á infatuación y corta capacidad, pues en todas sus acciones más parecía una estatua que hombre. Andaba tan dentro de sí, que habiéndole encargado el oficio de refectolero, se lo hubieron de quitar por entonces, porque no acertaba á disponer las cosas de él á derechas; mas un Padre grave, docto y de conocida virtud, acreditó la de nuestro novicio con la calificación que dió de sus muchas prendas, así en lo natural como en lo virtuoso, diciendo que tenía sus sentidos ocupados en mayor empleo, y ojalá muchos, é yo (decía el Padre), pudiera trocar mi corta capacidad por la suya. Tanto era el cuidado que puso, aun desde los principios, en ocultar los talentos que aun para mayores ocupaciones que las de su estado había depositado Dios en él.

Pasados algunos meses, le ordenaron los Superiores fuese al Colegio de Salamanca, obediencia que ejecutó con el mismo gusto y resignación que siempre. Allí prosiguió con el fervor que había comenzado, sirviendo á todos los de aquel Colegio de edificación, viendo á un mozo tan ajustado á sus Reglas, tan dado á la oración, tan quitado de cosas exteriores, que era de emulación santa á la lucida juventud que con tanto aplauso se cría en aquel Seminario en virtud y letras. No sólo á los de casa edificaba su modestia y compostura, sino á los de fuera también, pues acompañando á algunos Padres á visitas de grandes señores, les dejaba nuestro Hermano Toribio muy aficionados á la virtud, viendo en su hablar un fervoroso y santo celo, en su comer la templanza, en sus acciones la modestia y en todo un perfecto retrato de virtud religiosa.

La estimación que hacían de él los que conocían su nobleza, le obligó, deseoso de su menosprecio, á huir de ellos y ocultarse de los suyos, pidiendo (aún siendo novicio) con grande instancia el pasar á estas Indias, donde en 22 años que estuvo en ellas, hasta su muerte, dejó y se olvidó tan deveras de su patria, parientes y deudos, que nunca les escribió una carta. Y habiendo ya llegado á Sevilla, en los pocos días que allí estuvo dejó edificados á todos los nuestros en su obediencia, caridad y humildad religiosa, tanto que, viéndole un Padre que á la sazón era maestro de novicios, dijo: «Este Hermano Toribio en poco tiempo ha alcanzado grandes virtudes, y aunque no se acomoda á negocios exteriores, es por estar absorto en Dios, que le quiere sólo para sí; y cierto, que con sólo verle y oirle hablar de Nuestro Señor, me hallo tan otro en mis deseos, que me mueve á devoción.» Tantos aprecios como éste granjeaba su virtud en los más doctos y santos que le comunicaban; y así, añadió otro varón muy espiritual: «Nadie sabrá lo mucho que es el Hermano Toribio, sino quien tuviere tanto de Dios como él ha merecido.»

En la navegación, que fué muy trabajosa, dió muestras de su fervoroso espíritu, porque habiéndose abierto la nao á los siete días de su embarcación y siendo forzoso pasar á otra, hizo grande instancia porque le dejasen en ella, para ayudar á los que naufragaban en las

olas, aunque no se le permitió por ser conocido el riesgo á todos. Fué grande el fruto que hizo cuanto le permitía su estado con la gente de mar en la nao donde pasó. La frecuencia que entabló de Sacramentos, las confesiones que se hicieron por su consejo, á que obedecían gustosos, viéndole servir á todos y ayudar á los marineros y grumetes, como si fuera uno de ellos. Acudía á los enfermos, haciendo la cocina para 40 sujetos que venían de la Compañía; algunas veces buscaba trazas para que le dijesen palabras de desprecio, y algunas sucedía decírselas de industria los grumetes y pajes del navío. Y en estas ocasiones admiraba á los nuestros el verle lleno de alegría y el cuidado que ponía en alabar y agradar al que se las decía, aunque avisado del que venía por Superior (que era el P. Diego de Bandersipe, de cuya santidad escribimos en esta historia), que si no dejaba aquellas trazas iría contra obediencia, al punto las dejó el buen Hermano Toribio Gómez, pareciéndole todo esto poco para las ansias de su espíritu. Todas las noches juntaba la gente del navío y cantaba con ella las oraciones; luego les enseñaba la Doctrina Cristiana y les daba saludables consejos para la salvación de sus almas, y el alivio que tomaba de tanto trabajo era recostarse vestido sobre una tabla, sin más abrigo ni defensa que el ardor de su caridad y fervor de su espíritu, que fué tal, que sus compañeros afirmaban que les parecía ver en él el espíritu del Apóstol de la India, San Francisco Javier, cuando navegaba.

Llegado, pues, al Puerto de la Veracruz, continuó estos mismos fervores, y en el camino venía sirviendo á sus compañeros, y era tanta su caridad, que si á alguno se le cansaba la cabalgadura, él le daba la suya y caminaba á pie muchas leguas, y aunque llegase muy cansado á las ventas tenía su hora de oración y tomaba una larga disciplina, con tanta continuación, que no interrumpió jamás este fervoroso ejercicio. Pasó á Tepotzotlán, donde acabó su noviciado, y en él se esparcieron los rayos de su virtud, con no menos perfectos y frecuentes actos de caridad, humildad y mortificación, que los que obró desde sus principios. Hechos los votos lo enviaron los Superiores á la Casa Profesa para el oficio de limosnero, que ejercitó con mucha fidelidad, humildad y edificación de los prójimos, buscando limosnas no sólo para la casa, sino (con licencia de los Superiores) también para pobres vergonzantes, á quienes las repartía con igual agrado y caridad. Cuando volvía de la limosna, sin tomar bocado se iba á la cocina y llevaba á la puerta reglar la olla de los pobres, y después de haberla repartido, rezaba con ellos las oraciones y enseñaba la Doctrina Cristiana; y así, movidas muchas personas con este ejemplo, le daban muchas limosnas para pobres, pareciéndoles, por la veneración y estima que de la grande virtud y religión del Hermano Toribio tenían, que dadas por su mano tenían el mérito duplicado.

En este oficio se ocupó dos años; mas pareciendo á los Superiores que su talento era grande y su virtud mayor, le hicieron Procurador de Provincia, donde se esmeró en la fidelidad á su Religión y en el ejemplo que daba en el continuo trato con los seglares. Su conato era aprovechar y adelantar los Colegios y servir no sólo á esta Provincia, sino á las otras en cosas que le encomendaban; y en lo que singularmente resplandeció su caridad, fué en enviar á los Padres misioneros, empleados en la conversión de naciones bárbaras, trescientas leguas

distantes de México, lo que habían menester para su avío, vestuario y sustento y para el adorno de sus Iglesias; y granjeó tanto crédito con lo más noble y rico de esta ciudad, que tal vez sucedió, que ordenándole el Padre Provincial que buscase con brevedad una gruesa cantidad de dinero que para una urgente necesidad se ofrecía, se fué al punto á una persona á quien era deudor de otra grande cantidad, y preguntándole á qué venía, respondió el Hermano: «A que me preste vd. tanta cantidad de millares de pesos de que necesito;» «pues yo entendí (replicó la tal persona) que vuestra reverencia me traía lo que me debe.» «No señor, vd. me dé este dinero, porque traigo muy buen fiador y pagaré todo esto antes que llegue el plazo.» A lo cual dijo este caballero que no había persona que entonces pudiese fiarle, por estar la ciudad muy afligida, y que él había de pagar á algunos y no había de faltar á su palabra, y añadió que le dijese quién era el fiador para que viese si le podía dar el dinero que le pedía; «mi fiador, señor (le dijo el Hermano), es segurísimo, ¿qué mejor fiador que Jesucristo Crucificado?» «Pues con tan buen fiador, respondió el caballero, lleve vuestra reverencia toda mi hacienda, que no dudo me pagará á tiempo.» Y así sucedió, publicando el caballero después que le hicieron tanta fuerza las razones del Hermano Toribio Gómez, que desde entonces le miraba y veneraba como á hombre santo. Así le pagaba Dios la confianza grande que en Su Majestad tenía.

En todas las virtudes fué extremado, sin poderse fácilmente distinguir en cuál se aventajó más. En la humildad y desprecio de sí mismo, que es el fundamento de todas, fué tan aventajado, que no sólo le alegraba cuando le despreciaban, sino que buscaba él trazas para que le humillasen, aunque avisado del Superior que no procurase aquellas humillaciones por la decencia de su oficio, las dejó al punto con su mucha obediencia; y viendo la enmienda algunos de casa, le dijeron: «Así Hermano Toribio, ya sabemos que usaba aquellas trazas para mortificarse;» á lo cual respondía con mucha humildad: «No es eso, sino que soy una bestia y procedo como tal, y ahora no me enmiendo yo si en algo parece enmendarme, sino que Dios debe de hacerlo así, porque yo no sé cómo me enmiendo.» Supo ser tan de verdad humilde, que con tratar, por razón de su oficio, con Virreyes, Arzobispos, Oidores y lo más principal de este Reino, nunca jamás se notó en él presunción ni altivez alguna, y sus mayores pleitos eran que no le llamasen de Padre ni de reverencia, diciendo á todos que él era un pobre Hermano lego. Traía por algún tiempo, con ocasión de sus achaques (disimulación santa para su humildad), un birrete en la cabeza, sin traer bonete como los demás, mostrándose prudente despreciador del mundo.

En la pobreza no fué menos observante, hermanándola con la humildad: la sotana y manteo de que usaba, además de muy pobres, rotos y remendados, fueron siempre muy cortos, con un sombrero viejo que le servía más de mortificación que de reparo para las lluvias y el sol; y con este traje vivía tan contento, cuanto avergonzado cuando le obligaba la obediencia á traerle nuevo: *Sicut illi sagis, ita isti pretiosis vestibus erubescunt.* Dijo el eminentísimo Pedro Damiano, que los Religiosos verdaderos, menospreciadores del mundo (como el Hermano Toribio), se afrentan con la vestidura preciosa, tanto como los seglares con las que son despreciables; y el último vestido con que

murió era tal, que apenas podía servirle de mortaja. En su andar y acciones mostró siempre la modestia y humildad que su estado pedía, nombrándose esclavo; y yéndose á las herrerías y obrajes á enseñar la doctrina á los pobres negros, que por tan semejantes en su pobreza se alentaba á procurarles su remedio espiritual y temporal, decíales que el comunicar con personas graves era por el oficio que le habían encomendado, pero que también era él pobre esclavo como ellos; y con estas trazas santas les granjeaba la voluntad para ganarles las almas para Dios, sin ofender á la verdad, porque en su estimación era esclavo de todos; con haber tantos años manejado tanta hacienda, nunca se le pegó cosa de regalo, ni comodidad propia en su aposento, comida ó vestido; en casas de seglares nunca admitía cosas de comer ó de alivio, por más fatigado que llegara del sol, de quien jamás, como ni de las aguas, se guardaba, andaba siempre á pie, con estar bien flaco y consumido.

En la castidad fué irreprensible, cosa que admiró en las ocasiones y riesgos de su oficio; nunca se le notó cosa que desdijese de esta virtud, ni hablaba persona de él menos que con mucha alabanza de su recato; su mirar, sus palabras, y todos sus movimientos eran de un hombre ángel. Fomentaba estas virtudes con la oración continua que desde su noviciado hasta su muerte no interrumpió por ocasión alguna. Fué devotísimo de la Virgen María Nuestra Señora, rezándole muchas devociones; del Santísimo Sacramento era tiernísimo devoto, tenía licencia para comulgar dos veces en la semana, y cuando le encontraba en la calle se hincaba de rodillas donde le cogía, en el mismo lodo, sin levantarse hasta que le perdía de vista, y en esta postura le vieron derramar lágrimas de devoción muchas veces. De aquí se seguía el singular respeto que tenía á los Sacerdotes, preveníales siempre con el sombrero al encontrarles, y cuando acababan de decir Misa se llegaba, sin poder reprimir su afecto santo, y les besaba en el pecho, diciendo eran relicarios de Dios y derramando algunas veces lágrimas de devoción. Con andar el Hermano Toribio tan ocupado en negocios de su oficio, traía su pensamiento tan en Dios, que ofreciéndose ocasión de hablar de cosas del Cielo, se enternecía de suerte, que lo mostraba bien en sus palabras y afectos santos. Premió Nuestro Señor tantas virtudes y trabajos, en su dichosa muerte, admirándose la tranquilidad y paz con que dió su alma, ofrecida por las manos de otro ángel en pureza y Hermano suyo, San Luis Gonzaga, á su Criador, dejando en toda la ciudad, que le apellidaba el santo Hermano Toribio, mucho sentimiento y en especial en los pobres que decían les había faltado su padre y amparo, y decían bien, porque parece se desentrañaba en viendo á un pobre. Murió el Hermano Toribio Gómez el año de 1638, á los 53 de su edad, habiendo recibido con mucho afecto y devoción los Santos Sacramentos, en nuestra Casa Profesa, donde está enterrado, y á la cual ayudó mucho con las limosnas que para ella pidió en el tiempo que tuvo este oficio, y después siendo Procurador de la Provincia.

CAPITULO XXVII.

De la vida y grandes ejemplos de religiosas virtudes del Hermano Juan de Escobar, de la Compañía de Jesús.

Admirables son los caminos y sendas por donde lleva Dios á sus escogidos, para que correspondiendo á su divina vocación consigan el fin último de su bienaventuranza, para que fueron criados. Esto vemos cumplido en los largos y varios caminos por donde trajo Dios al Hermano Juan de Escobar, para que habiendo andado ocupado en varias jornadas y provincias de Europa, viniese á la de la Nueva España, donde siendo recibido en la Compañía y habiendo trabajado incansablemente en servicio de la Divina Majestad, en la tierra más remota de las Indias, dando singulares ejemplos de virtud, rematara en Sinaloa 80 años de vida que le concedió la Divina Bondad, y la referiremos aquí con su dichosa muerte, como la escribió su Superior y Rector de nuestro Colegio de Sinaloa, donde este siervo de Dios murió. «A 1º de Abril (dice) de este presente año de 1645, fué Nuestro Señor servido de llevarse al Hermano Juan de Escobar, Coadjutor formado, en edad de 80 años y 36 de Compañía. Fué natural de la ciudad de Sevilla, hijo de padres honrados, inclinado á cosas arduas y difíciles desde su juvenil edad. Ambición le sacó de casa de sus padres y le llevó á los estados de Flandes, deseoso más de ganar honra que de otros haberes temporales; allí militó en tiempo del marte español el Sr. D. Juan de Austria, y del Duque de Parma y Príncipe Alberto, dando tan buena cuenta de sí, que siempre era escogido para las mayores y más dificultosas empresas, como fué en la jornada que hizo el Duque de Parma á Francia en favor de la Liga Católica, contra Enrique IV, y después contra la que se hacía para Inglaterra y en otras que en los mismos países se ofrecieron. Habiéndose ocupado algunos años en estas jornadas, volvió á su patria, y como no estaba acostumbrado á la vida ociosa, el mismo deseo que le había llevado á Flandes le pasó á esta Nueva España, donde desengañado del mundo y sus vanidades, determinó de trocar la milicia temporal por la espiritual, asentando plaza de soldado de Jesucristo en nuestra Compañía; recibióle en ella el Padre Provincial Rodrigo de Cabredo, y desde luego comenzó á dar tales muestras de su verdadera vocación, que pasado un mes de noviciado le enviaron por enfermero de la Casa Profesa de México, donde con su mucha virtud y caridad ganó tanto las voluntades de todos, así de los Superiores como de los demás; y con su mucha humildad y apacible trato los edificó, que cumplidos los dos años de probación no le dejaban salir, pidiendo instantemente el Padre Maestro Pedro Díaz, que entonces era Prepósito, se le dejasen por gusto y consuelo de los Padres antiguos y viejos que vivían allí; pero hubo de vencer la instancia que el Hermano hacía en que le dejasen volver al noviciado, para afervorizar y resarcir (como él decía) las quiebras de un espíritu que apenas había tocado con los labios la

dulzura y celestial suavidad del noviciado. Hizo sus votos á tiempo que el P. Martín Pérez, fundador de las misiones de la dilatada Provincia de Sinaloa, llegaba á México á negocios de sus aumentos y conservación, y como Nuestro Señor tenía librado en ella al Hermano Juan de Escobar el logro de sus fervorosos deseos, pidió al Padre Provincial que por el grande afecto y entrañable amor con que miraba las cosas de esta misión, se le concediese, y con grande gusto lo concedió; y no fué menor el que el Hermano mostró en esta obediencia, por ser conforme á la grandeza de su ánimo esforzado, deseoso siempre de empresas arduas, y más para la que era de tanto servicio de Dios. Treinta y cuatro años gastó el Hermano Juan en esta Provincia, ocupado el primero en acompañar al P. Martín Pérez en la visita de estas misiones, y los 33 continuos en la despensa y cocina de este Colegio, en que acrisoló lo fino de sus heroicas virtudes, de modo que si se hubiera de hablar de todas ellas, fuera necesario salir de los límites que en estas cartas pide la brevedad. Luego que el Hermano se vió en esta ocupación, dispuso la distribución de su vida, de suerte que sin hacer falta á las cosas de su oficio, daba lo más del día al trato con Nuestro Señor en la oración mental y vocal; más de 20 años tuvo oficio de despertador, levantándose y teniendo su oración antes de la de la Comunidad, luego acudía á las cosas que tenía á su cargo mientras se tocaba la primera Misa, y en tocando iba y oía aquella y todas las demás que se decían sin perder ninguna, aunque fuesen muchas, como sucedió al tiempo de las juntas que se hacen en este Colegio de los Padres de la misión. Volvía luego á la ocupación de su oficio, y habiendo dado de comer á los de casa y á los indios que aquí concurren, que son muchos, iba al refectorio, y sin más aparato que una servilleta y las más veces en pie, tomaba un bocado, y casi siempre al mejor dejaba el plato é invitaba á algún pobre enfermo parte de su porción. Luego se recogía, y habiendo descansado algún pequeño rato se iba á la Iglesia, donde delante del Santísimo Sacramento gastaba lo más de la tarde en oración, particularmente encomendándose á la Virgen Santísima Nuestra Señora, de quien fué tiernísimo devoto y á cuyo servicio enderezaba y ofrecía todas sus obras, teniendo particulares oraciones por las cinco letras de su nombre santísimo de María, en quien tenía su particular devoción. Este tenor y estilo de vida guardó 33 años que estuvo en esta cocina, sin mudarle ni amainar las velas de su fervor, sin dar lugar á viento que le pudiese entibiar. En todo este tiempo no salió de casa ni una sola vez, y si algún Padre tal vez le convidaba para que fuese por vía de asueto á su partido, respondía que todos sus asuntos los tenía librados en la Iglesia, y que para él no había tal huerta ó jardín, como ver las paredes viejas y desmoronadas del Colegio. Tanto más fué de admirar la perseverancia del Hermano por tantos años en este oficio, cuanto era su natural sumamente fogoso, y con serlo, y los indios de esta tierra, con quien de ordinario trataba, incapaces y flojos para el trabajo, con todo, jamás se le notó revés de impaciencia alguna con ellos, sufría las faltas que en las cosas que les mandaba hacían, corrigiéndoles con tales palabras, que mostraban la paciencia del que las decía y modestia de su mucha religión. A los de casa recibía con tal agasajo, que parece traía particular estudio de ajustarse al gusto y condición de cada uno, sin negar, dilatar ni dificultar cosa de las que se le pe-

dían, caridad que le hizo tan amable á todos, que así los de casa como los de fuera le estimaban como á Padre que Dios había dotado á aquella dilatada misión. A esta misma virtud podemos atribuir aquel incansable cuidado con que acudía á nuestro venerable P. Martín Pérez, que en los últimos años de su edad, cargado de méritos y de achaques muchos y muy penosos, se retiró á este Colegio donde el Hermano Juan de Escobar le sirvió con tanta puntualidad, que jamás, ni de día ni de noche, en espacio de cinco ó seis años, el Padre se quejó de que no le hallase á su cabecera cuando le hubo menester; y tal vez, y aun veces tan á deshora y en tales ocasiones y trances, que admirado el mismo Padre, solía decir que no se persuadía sino que algún ángel despertaba al Hermano Juan, y se lo traía tan á tiempo y ocasión; y lo que más era de ponderar, que después de más de 20 años que el Padre murió, solía el Hermano, lleno de júbilo y gozo, repetir muy á menudo, que cuando él oía decir que algún Hermano hubiese servido á algún Padre de conocida virtud, le tenía grande envidia, pero después que él había servido al P. Martín Pérez, no se trocaría por el mismo Rey. Dicho digno de toda ponderación, pues parece estar manifestando todas las virtudes que se piden en un verdadero Hermano Coadjutor de nuestra Compañía.

«En la pureza de la castidad parecía ángel, pues ni en acción ni en palabra jamás se le notó cosa que desdijese de esta virtud angelical, de la cual pretendió el demonio derribarlo, con la ocasión siguiente: Solía el Hermano salir, á la hora de cenar, á la portería reglar á dar prisa á las tortillas de maíz que se ponen en el refectorio en lugar de pan (que es fuerza hacerse fuera), y yendo una vez bien descuidado, halló en ella una mujer moza y de buen parecer, que con la demanda de lo que decía venía á pedir, mostraba bien venir instigada de algún espíritu maligno y torpe; despidióla luego con aspereza de palabras afeándole el hecho y que viniese á aquella hora. Pero poco aprovechó, pues volvió segunda noche con otra petición aún más frívola que la primera-avivó el Hermano la reprensión, amenazándola que si no se enmenda; ba, pondría el remedio que más conviniese; á nada de esto se dió por entendida la ciega y lasciva, pues volvió tercera vez, cuando ya el Hermano iba con más advertencia, y viéndola de lejos, sin aguardar á que le hablase palabra, huyendo de ella como de un infernal basilisco, le volvió las espaldas y se fué al Superior á darle cuenta del caso, el cual la hizo llamar, y reprendida de su pecado quedó confusa y corrida y el Hermano victorioso de tan peligroso trance. Y no fué tanta maravilla el que así se hubiese siendo Religioso el que seglar tomó la corriente desde los primeros años de su juventud en este recato, pues testifica un Padre, con quien el Hermano hizo una confesión general pocos años antes de su muerte, y muy despacio, de toda su vida, que aun cuando más enfrascado estaba el Hermano en el siglo, y vida libre de soldado, jamás tuvo en esta materia cosa grave ni digna de reparo.

«De la humildad del Hermano Juan de Escobar se puede con verdad decir, que todo él era un verdadero retrato y viva imagen de profundísima humildad. La sotana siempre vieja y hasta media pierna, sin buscar ni admitir cosa nueva, antes una vez que le dieron una ropa á medio traer, no se pudo recabar de él que se la pusiese, alegando que era larga y que le arrastraba, é instándole con que se la redondearían, respon-

dió: que era lástima y contra la santa pobreza que se perdiese aquel paño que estaba bueno y todavía podía servir, que el más fácil remedio era trocarla por otra del todo vieja que otro Hermano tenía, y habiéndoselo concedido el Superior, quedó más contento que suelen otros cuando se les concede lo mejor de la casa. De esta misma virtud nacía que si alguna vez venía á quiete ó recreación (que eran pocas), no quería sentarse en las bancas, sino en algún lugar bajo y casi en el suelo. Cuando hablaba con algún Padre Sacerdote siempre se estaba descubierto, hasta que á puras importunaciones le hacía cubrir, y si el Padre con quien hablaba, inadvertidamente se olvidaba, se estaba toda la conversación destocado. Y no sé si atribuir á su mucha humildad ó á su exacta obediencia, ó por mejor decir, á entrambas á dos virtudes, que luego que el Hermano Juan de Escobar oyó decir que en la Octava Congregación general se había decretado que los Hermanos Coadjutores no trajesen bonetes, al punto le dejó, sin querer ni aun tenerlo en su aposento, contento con un pobre becoquín de paño viejo. Y sea también argumento de su grande obediencia la perseverancia y tesón de 33 años en una de las penosas cocinas que tiene la Provincia, sin dar indicio de querer mudar ocupación ni puesto, y mostrando la misma alegría el día último que el primero. Y si alguna vez le preguntaban que si se hallaba cansado, respondía: que el espíritu no, pero que la carne no dejaba de hacer como quien era, y si le replicaban por qué no proponía, respondía: que eso sería ya dejarse vencer de la carne, y que el que le había puesto allí, que era Dios, por medio de la obediencia tendría cuidado de mudarle si conviniese á su mayor honra y gloria. Por estos grados de heroicas virtudes subió el Hermano Juan de Escobar al grado de ser tenido y estimado de todos por santo.

Seis ó siete años antes de su muerte quiso el Señor afinar el oro de su paciencia con una prolija y penosa enfermedad de orina y piedras de que echó mucha cantidad, y algunas bien gruesas. Y aunque estas con la mucha sangre no le daban lugar á encubrir su enfermedad, jamás aflojó un punto en el tesón de acudir á la tarea de su oficio; y si tal vez la fuerza del achaque le derribaba, era á más no poder, y muy poco tiempo, porque el esfuerzo de su espíritu todo lo vencía; y en oyendo decir que el Superior trataba de poner en su lugar á otro y darle las llaves de su oficio, luego se levantaba y trabajaba como si estuviera sano, constándoles á todos la gravedad de su enfermedad. Y aunque ella sola le bastaba por penitencia, tampoco en esto remitió nada ni dejó de tomar sus disciplinas y cilicios, como en tiempo de su entera sanidad. Echábase de ver que como este siervo de Dios había sido soldado de valor en la milicia temporal del mundo, procuraba no mostrar menos valor en la milicia espiritual en la cual se había alistado debajo de la bandera de Cristo. Pero finalmente, como los achaques se fuesen agravando y cobrando fuerzas, sintió el Hermano se acercaba su dichoso fin, y pidió el Viático y él mismo fué á recibirlo á la Iglesia, y luego al punto comenzó á preguntar cuándo era sábado y qué días faltaban para él, y con tantas ansias y afectos se quejaba de que se tardase el sábado, que todos se persuadieron tenía alguna luz de su muerte, y esto se confirmó, porque el viernes en la tarde, entrándole á ver un Padre, el Hermano le pidió que lo reconciliase, y como no daba materia de absolución, el Padre le dijo lo dejase para el día si-

guiente; á que el Hermano respondió: «No, Padre, que mañana no nos veremos.» Preguntóle otro Padre en el discurso de estos días, si tenía algo que le diese cuidado, á quien con aquella su natural viveza respondió: «Pobre de mí, ¿y de qué me serviría á mí tantos años de Religión, si en esta hora hubiese cosa que me diese cuidado?» Llegó, finalmente, el sábado tan deseado del Hermano, y al romper del alba le amaneció á él el día claro de la eternidad, premiando en esto la Virgen Santísima la devoción afectuosa de su siervo. Su falta nos ha dejado tan lastimados, como es justo en la pérdida de una prenda de tanta estima; ni fué menor el sentimiento de los seculares, como lo testificaron las lágrimas, que generalmente en casi todos sacó el clamor de las campanas, luego que dieron señal de su muerte, continuadas hasta dejarle en la sepultura, y días después de ella. Y el discurso de la vida de este bendito Hermano, es buen argumento de que goza de la eterna con aventajados grados de gloria.